

bleza legitimista de Tolosa, á la cual lo había presentado como un amigo suyo.

En vista de todo esto, Alex y Erdavide determinaron acabar su comision y regresar á Tolosa; y con este objeto, habiendo recibido antes la aprobacion de Boet, se presentaron en casa del duque para entregar á éste los diamantes, lo cual hicieron, habiéndome manifestado ambos que antes habian roto y echado á la chimenea el sobre donde Boet había hecho la declaracion de que el duque le entregara la joya en Milan.

Pasaron algunos meses; y un dia yo recibí una carta de Retamero, donde este me participaba que habiendo antes declarado en falso por seducciones de Boet, ahora, remordido por su conciencia, queria retractarse, y me preguntaba á mí si podría hacerlo sin peligro, y cómo debía hacerlo. Contestéle yo que escribiese al duque manifestándole lo que había hecho y pidiéndole perdon: lo hizo; S. A. le perdonó, y entonces Retamero fué á retractarse ante el juez, diciendo la verdad de lo que pasara. He dicho.

Aquí acaba la relacion de Esparza.

El Presidente: «Me parece que el señor Suelves declaró que era el encargado de la secretaria de don Carlos, y que usted lo estaba de la de doña Margarita. ¿Pues cómo tomó usted tanta y tan grande parte en este asunto?»

La pregunta le coje de sorpresa, balbucea alguna excusa, como diciendo que todos en casa de don Carlos se ocupaban de esto, y hecho sobre dicho punto un careo con Suelves, resulta una falta de explicaciones satisfactorias.

—¿Escribió usted, le pregunta el Presidente, dos cartas en nombre de Lorenzo, una á la familia Erdavide y otra al conde del Valle?

Testigo. Sí, señor.

Presidente. ¿Sabia Lorenzo lo que decian?

Testigo. Sí, señor.

Presidente. Pues ayer Lorenzo dijo que no.

—Lorenzo, añade el Presidente: ¿Lo sabiais ó no? Lorenzo se levanta, queda cortado y parece decir que sí.

Campi exclama:

—¡Que conste en el acta que ayer dijo que no! Más adelante veremos toda la importancia que esto

tiene. Además, el testigo ha cometido contradicciones de mucha importancia entre lo que hoy dice y lo que dijo en los interrogatorios escritos. Todo lo que declara sobre la agencia de espionaje, suponiendo que uno fué á reconocer al señor Boet en casa de don Carlos y otro le siguió á Bayona, es peregrino, porque supone que los empleados de esta agencia se prestan los ojos para espiar á la gente.

Grandes risas en el auditorio.

Campi. Sobre las negociaciones con el marqués de la Ferté habremos luego de averiguar lo cierto, porque si no estoy equivocado, las cosas pasaron de otro modo, y aquellas negociaciones tuvieron mucha mas importancia. Ahora pregunto: ¿La condicion de la devolucion de los papeles políticos que tenía Boet fué propuesta antes ó despues de la restitucion de los brillantes?

Esparza. Me parece que antes. Pero... no lo puedo asegurar bien. A mí me parece que antes... En fin, no lo aseguro.

XXIII.

Abierta el dia 6 la sesion á las diez, y hallándose presente en el banco del tribunal los testigos ya oídos que no han sido despedidos, el Presidente llama al señor Esparza, é invita á la parte civil á hacer preguntas á este testigo. A su instancia Esparza cuenta la parte que le tocó en el incidente Gigola. Sobre esto, dice que Retamero le escribió dándole cuenta de haber recibido las cartas de Bourgade, que despues resultaron falsas; y que él le contestó que no hallándose éste en Milan, había caído en un lazo. Añade que al mismo tiempo escribió á Bourgade preguntándole sobre esto, á lo cual le contestó telegráficamente confirmando sus previsiones.

El fiscal toma la palabra, y pregunta á Esparza si escribió á Boet á Bayona. Contesta que sí, á fin de pedirle datos sobre el modo de haberse robado el Toison, y de obtener consejos para hallar la joya, á lo cual Boet contestó aconsejándole que enviase á Lorenzo al juez de Milan. Léese la carta que está fechada en 4 de Enero del 78, y donde Boet dice que no le extraña que los señores condes de Chambord y doña Margarita hayan sentido tanto la pérdida del Toi-

son; aunque no añade intencionadamente que don Carlos tambien lo sintiese, con lo demás que Esparza ha manifestado.

El fiscal se dirige á Boet y le pregunta cómo habiendo vendido diamantes el 2, el 4 de Enero daba medios para descubrir el robo.

Boet contesta: «La carta de Esparza era de últimos de Diciembre, y adivinando yo que doña Margarita sospechaba algo, á fin de acabar de abrirle los ojos, le aconsejé que enviase á Lorenzo á Milan, seguro de que don Carlos se opondría.»

Fiscal. ¿Dónde está la carta de Esparza?

Acusado. La envié á Londres á don Carlos, como así lo he declarado varias veces en la instruccion.

El público ministerio y Brasca protestan de que no hay tales declaraciones. Boet insiste, y á instancias de aquellos se tomó acta. El fiscal hace explicar á Esparza las primeras declaraciones de Retamero, cuando éste apoyaba á Boet, y Esparza las refiere asegurando que respecto de las contraseñas, don Carlos le dijo que eran recortes de cartas suyas. Confirma despues que cuando el robo del Toison, don Carlos disponia de más de 100,000 francos independientemente del capital. No cree que don Carlos hubiese señalado honorarios fijos al Acusado, porque ninguno de sus antecesores los tuvo.

Fiscal. ¿Qué sabe de los antecedentes de Boet?

Testigo. Segun voz pública, Boet había sido condenado en Cuba por malversacion de fondos y faltas de ordenanza, lo cual le valió una sentencia del Tribunal Supremo de guerra de Madrid.

Fiscal. ¿Ha visto cartas de Boet á doña Margarita y á don Carlos?

Testigo. Sí, tres, las cuales demostraban su culpabilidad, porque impetraban indulgencia para su mujer é hijos, y no para él. Nosotros ya no dudamos entonces de que había sido el ladrón.

Campi se levanta.

—Que se inscriba esto en el acta, exclama. La confesion es preciosa.

A instancias del fiscal se leen las cartas de Boet á Margarita y Carlos, que son tales como las describió Boet y las ha contado Esparza.

Campi vuelve á levantarse y pregunta.

—Diga el testigo, ¿por qué diarios de Bayona se supo en Passy la venta de los diamantes?

Testigo. Lo ignoro, la época fué á mediados de Enero.

Campi. ¿Todos los telegramas expedidos de París por Retamero fueron escritos por este mismo?

Testigo. Puedo asegurar que no se los dictó nadie de la casa. Pero nos los traía para que los copiásemos.

Campi. ¿Cuántos viajes hizo usted á Tours?

Testigo. Uno solo, á últimos de Marzo.

Campi. Conste que el testigo no se ha apoyado en ningun documento auténtico.

Brasca exclama:

—Y conste que el gobierno español no ha dado ningun documento de los que le hemos pedido.

Fiscal. ¿Sabe el testigo si hay un telegrama de doña Margarita entre los que Retamero ha presentado como suyos?

Esparza dice que puede ser, pero que esto no probaria que el telegrama fuese de aquella señora. Brasca se levanta y sostiene esta explicacion. Ronchetti protesta de esta anticipacion de apreciaciones y se traba una fuerte pelea entre ambos, que el Presidente corta violentamente llamándoles faquines. Se levanta una confusion de gritos y protestas, y al fin se apacigua. El Fiscal vuelve á preguntar á Boet sobre la extrañeza de que Esparza le escribiese la carta del último de Diciembre.

—Lo he dicho ya, responde Boet. Al ver aquella carta, sospeché que doña Margarita había entrevisto la verdad; pero una prueba de que esta señora no sospechaba que yo hubiese robado la joya, es que me hizo escribir aquella carta, porque á un ladrón no se le avisa.

Entonces hay un movimiento acalorado; Brasca lo niega; Boet protesta, y el Presidente se agita vociferando que Boet es un comediante. El público queda escandalizado; surgen murmuraciones, y los Jurados se miran entre sí y contemplan con lástima al acusado.

Despues de otro momento de confusion, se restablece el orden y dice el

Presidente. ¿Qué dice Boet á lo de Esparza?

Acusado. Su historia está hecha con relacion á

otros testigos, los cuales dirán lo que quieran. Pero insisto en que no se me hizo reconocer por la policía en casa de don Carlos, porque no estuve como asegura el testigo. Por lo demás, conste que Esparza confiesa que supieron la venta de los diamantes por los diarios, á pesar de dicha policía. Respecto de que yo debía ir á Passy cuando reñí con don Carlos, me alegro mucho de no haber ido; porque sé que ahora saldrían testigos declarando lo que les convenría. Brasca interrumpe á Boet llamándole embustero.

Campi toma la palabra y anatematiza esta conducta, quejándose de que Brasca cada vez que Boet dice lo que no le acomoda, le interrumpe, habiendo llegado á llamarle *embustero*.

—¡Esto es indigno! exclama Campi; y ruego á la presidencia que cumpliendo con su deber no lo tolere más.

Terminado este incidente, el mismo Campi pregunta si don Carlos viene ó no, y habiendo declarado Dugnani que no tenía por conveniente presentarse, la Presidencia declara que se procederá en seguida á la lectura de las declaraciones de don Carlos. Acabada la lectura, el Presidente se vuelve á Boet y le dice:

—¿Qué contesta usted á todo esto?

—Muy poca cosa, responde el acusado. Aquí dice don Carlos que tenía tan mala idea de mi honradez, que no me habría confiado un cuarto; y yo haré observar á los señores jurados, que á pesar de esto, me había confiado algo, que vale más que dinero, y es toda su correspondencia política. Haré también observar la contradicción en que incurre declarando en otra parte de sus mismos interrogatorios que mi probidad es tan grande como mi talento y valor; y aunque mi valor y talento no sean más que comunes, ruego á los señores jurados que se acuerden del elogio.

En seguida se procede al examen del patron de Retamero, Mr. Viollet, farmacéutico de Tours, quien hace una declaración favorable á Retamero, en la que unas veces confunde fechas, otras incurre en contradicciones, y por fin, cuando no le acomoda la pregunta, dice que lo ignora, ó que no se acuerda, por inverosímil que con frecuencia sea esta contestación. Cuenta entre otras cosas que estando en casa de doña

Margarita así que empezó á susurrarse lo del hurto, la mujer de Carlos le dijo que tenía *grandes sospechas* de Boet, y que un momento después le preguntó por la habitación del *ladron Boet*; dice que Esparza estuvo en Tours cinco ó seis días para dar órdenes á Retamero de que fuese á buscar los diamantes á Boet; y Esparza había dicho antes que estuvo ocho ó diez; dice que ni Retamero, ni Boet le escribieron, ni telegrafiaron de Tolosa, y se le ponen de manifiesto cartas y telegramas que recibió de ambos, y que se ve obligado á reconocer; dice que Retamero estuvo de parte de Boet, mientras creyó que este era inocente, y que lo abandonó así que supo que tenía los diamantes, cuando esto ocurrió tres meses después que el mismo Retamero hubiese entregado los diamantes. La deposición tiene para el público un carácter bufo.

Entra en seguida Mr. Collet, hombre calvo, de rostro innoble, y de cuerpo obeso; y declara que el marqués de Alex dijo en su presencia que había prestado de 10 á 18,000 francos á Boet para desempeñar los diamantes, y que Boet era un pillo, que le había comprometido robando la joya, y haciéndose pasar por hombre honrado; pues Alex, llevado de su confianza, lo había presentado como amigo suyo á toda la nobleza de los contornos de Tolosa.

—¿Qué dice á esto el acusado? exclama el Presidente con fruición.

Boet se levanta.

—Digo, contesta, que todo esto es incalificable, y que no significa otra cosa sino que no habiendo podido mis enemigos corromper al marqués de Alex, han buscado gente que declarasen haber tenido con él conversaciones que jamás han existido.

—Protesto, protesto de esas palabras, exclama Collet gesticulando. Yo he jurado decir la verdad y he cumplido.

El Presidente le mira sonriendo.

El testigo va á sentarse en el banco que le corresponde, y entra un español llamado Montes, que ha de declarar si la copia de una carta de Boet, que éste presentó, es ó no hecha de su puño y letra por encargo de Retamero. Montes, después de haberla mirado mucho, dice:

—No sé: me parece que sí, y que no. No sé á qué ajustarme.

Presidente. ¿Pero usted copió una carta del señor Boet que le dió Retamero?

Testigo. Sí.

Presidente. ¿Es esta?

Testigo. Creo que sí. No lo aseguro.

Presidente. Vuelva usted á examinarla. ¿Lo es ó no?

Testigo. No sé. Puede ser.

Presidente. ¿Pero lo es?

Testigo. Lo ignoro. Me parece...

Fiscal. ¿Cómo es posible que el testigo no sepa si es suya ó deja de serlo? Esto no pasa á nadie. Yo le invito á contestar con precisión.

Testigo. No puedo.

Fiscal. ¿Por qué?

Testigo. Porque no estoy seguro.

El Fiscal se impacienta.

—La copia, dice, fué presentada por el señor Boet, y es de grande importancia. En los debates y antes de estos, en el examen de Retamero, dicha carta hará cierto papel, y nos conviene saber si el señor Boet presentó la verdadera copia ó una copia finjida. Intimo, pues, al testigo que se explique, porque es imposible, repito, que no reconozca su propia escritura.

Testigo. No sé; no puedo afirmar nada. Creo, me parece; no sé más.

El público comprende, y se sonríe; Boet mira con sonrisa de desprecio toda esta comedia, y la sesión se levanta á las cuatro y cuarto, después de perderse media hora en averiguar si la letra es ó no de aquel señor.

XXIV.

Abierta la sesión el 7 de Julio á la hora acostumbrada, el Presidente llama otra vez al testigo Montes, y á instancias del Fiscal, vuelve á agitarse la cuestión de si reconoce ó no la carta de ayer, presentada por el Acusado, como también otras copiadas por el mismo Montes, presentadas por los abogados de don Carlos. Pero tampoco se puede sacar nada en limpio, y las partes se ven obligadas á dejarlo estar. Se llama á Retamero, que se presenta. Es un tipo barbudo,

con pelo negro y cabeza deprimida, es delgado, y declara ser farmacéutico.

Invitado á contar lo que sabe, empieza una larga relación por el estilo de la que hizo al retractarse, y cuya sustancia ya conocen nuestros lectores. Boet le escucha sonriendo, y de vez en cuando parece hacer un esfuerzo para contener una viva hilaridad. La relación de Retamero adolece de muchos vacíos y extravagancias, y en algun detalle conviene poco con lo que ha dicho Esparza. A veces vacila, se turba y dice que no se acuerda de los detalles que siguen.

En esta relación unas cosas chocan con otras, sin explicarse, ni posibilidad de poderse concertar. Toda la historia tiene un carácter tan estrafalario, que muchos espectadores se miran sonriendo. Una novedad muy amena de la relación, es que así como hasta ahora se había dicho por parte de los testigos carlistas que sólo los diamantes grandes eran empeñados, Retamero añade hoy que los pequeños también lo habían sido en 20,000 francos. Dice también que al llevar los diamantes á Paris, Boet estaba bueno; y se lee un documento suyo de la época donde declara que estaba enfermo de unas calenturas tifoideas y de una caída de caballo.

Démosle la palabra.

Retamero. Yo había sido ayudante del señor Boet durante la última guerra civil, y tenía en él una ciega confianza. Cuando nos retiramos á Francia, me establecí en Tours, donde hallé una plaza de farmacéutico en casa de Mr. Viollet. Pero siempre estuve á las órdenes de mi antiguo general, dispuesto á hacer cuanto me ordenase. En Febrero de 1878 recibí una carta del señor Boet, diciéndome que lo habían expulsado de Bayona y que se había refugiado en la granja de la Touretti, que era una posesión del señor Benítez Dávila, titulado marqués de Alex. Con este motivo me encargaba que recogiese toda la correspondencia que le fuese dirigida á Tours, por haber dicho que se retiraba á esta ciudad, y me pedía encarecidamente que no descubriese á nadie su escondite, pues convenía en extremo al interés de la causa, y que si me lo preguntasen de parte del duque de Madrid, tampoco lo dijese.

Me sorprendió todo esto. Pero creí cándidamente que eran precauciones políticas, pues aunque hubie-

se oído hablar del robo del Toison, jamás sospeché del general. Fui, pues, enviando al señor Boet las cartas que me llegaban para él, y despachando las que él me remitía para otras partes. Pues debo añadir que me pidió también que me encargara de eso, diciéndome temer que se descubriese su paradero si se veía el sello del correo de Tolosa. En este intermedio se habló de las ventas de diamantes de las señoras Boet, por haberlo publicado los diarios de Bayona, y tampoco caí en la cuenta de la significación que esto tenía y de lo relacionado que estaba con el empeño del señor Boet en ocultar su domicilio.

En los últimos días del mismo Febrero llegó á Tours el señor Esparza, y me preguntó de parte del duque de Madrid dónde estaba Boet, porque necesitaba verlo con urgencia. Contestéle que lo sabía, pero que no podía decirselo, por haber dado mi palabra de honor de guardar el secreto.

—No me extraña, dijo el señor Esparza. ¿Os lo ha exigido Boet?

—Sí, señor, contesté.

—Esto sólo lo confirma todo, repuso misteriosamente.

—¿Qué quiere usted decir? exclamé sorprendido.

Entonces él me manifestó que necesitaba con urgencia ver á Boet; que se trataba del honor y de la salvación de éste, y que yo negándome á declarar su domicilio, le perjudicaba.

—¿Sabeis de qué se trata? añadió. Del robo del Toison. En casa del duque de Madrid se tiene noticia día por día de todo lo que Boet ha hecho desde que volvió á Bayona; se sabe los diamantes que ha vendido, y se han adquirido todas las pruebas de que él robó la joya. Por consiguiente, si quiere usted salvarle es necesario descubrirme su paradero, porque aún es hora de salvarlo de un conflicto.

—¿Es posible? exclamé yo estupefacto.

—Sí, señor, repuso Esparza. Lo hemos sabido todo por un agente de policía que enviamos tras él cuando se marchó á Bayona.

Yo no sabía qué hacer, pero no acababa de resolverse á faltar á mi palabra de honor. Entonces el señor Esparza me dijo:

—Si no quiere usted revelarme su secreto, ro-

deemos la dificultad. Vaya usted en comisión, y yo le aguardaré á usted.

Agradóme la proposición, y la acepté desde luego.

—Vaya usted, pues, me dijo el señor Esparza, y dígame usted que yo he venido á verle á usted de parte del duque de Madrid; que todo lo del Toison se ha descubierto ya; pero que si quiere podrá componerse; que deseo que hablemos; que le espero aquí, si quiere venir á conferenciar conmigo; ó que iré donde quiera ó se halle, si le parece mejor, y si prefiere ir á París, iremos allá. Usted telegrafieme así que haya hallado á Boet.

En efecto, partí, y ví al general en Tolosa. Al principio no le hablé de nada, para no alborotarle. Cenamos juntos en un café, hablamos de política, y el señor Boet fué muy complaciente conmigo. Viendo yo que no me daba ocasión de hablarle del asunto, le manifesté que había llegado con un recado de confianza, y que deseaba hablarle á solas y en sitio de confianza.

—Pues vamos á la Tourette, me dijo él.

En efecto, partimos; llegamos, introdújome en sus aposentos, y me dijo que podía hablarle.

—Mi viaje, le dije entonces, no es político. Vengo á hablarle á usted del robo del Toison.

El señor Boet palideció en extremo.

—El señor Esparza, añadí, me ha dicho que usted había robado la joya; que había vendido parte de los diamantes, que tenía aún el resto, y que el duque de Madrid le había encargado que se viese con usted para el arreglo de este asunto. Como ignoran donde se halla usted, el señor Esparza ha ido á verme en Tours; y no habiéndole querido descubrir yo el paradero de usted, me ha encargado que fuera á darle á usted el recado, y que le propusiera una entrevista con él aquí, en Tours, ó donde usted quiera.

Boet me había escuchado todo pálido y pensativo, y cuando terminé, me dijo:

—Ahora es tarde. En eso del Toison hay mucho que decir, porque usted y yo no hemos todavía tratado nada de tanta gravedad. Podrá usted acostarse; mañana habré ya descansado, y le daré una respuesta.

—Mi general, repuse yo; advierta usted que el

duque lo ha sabido todo por un agente de policía que había enviado á Bayona.

—¿De veras? exclamó él asustado. ¡Lástima que no pueda ir á Bayona á avisar á mi familia! Porque si fuese, me prenderían.

—Mi general, repuse; si quiere usted, iré yo.

—Veremos, me contestó. Mañana le daré á usted una respuesta terminante.

Por estas palabras conocí que positivamente el señor Boet era el ladrón, pues el sentimiento de no poder ir á avisar á su familia, era una confesión explícita. Me acosté, y al día siguiente volví á ver al general. Le encontré ya cambiado. Todo era hablarme de los enemigos que tenía en la corte del duque de Madrid, de la ingratitud de éste, y de los sacrificios que había hecho por la causa carlista. Yo le recordé el motivo de mi viaje, y entonces él me dijo:

—Ya le daré luego una respuesta. Entre tanto telegráfeme usted á Esparza que ya me ha encontrado, y yo también telegrafiaré á mi mujer avisándola. Después almorzaremos, y le diré lo que conviene hacer.

Telegrafiamos ambos; presentóme luego él á la familia de Alex, y almorzamos en compañía de ésta. Durante el resto del día el señor Boet evitó siempre hablarme del Toison; y cada vez que se hallaba solo conmigo suspiraba y se quejaba de sus enemigos, suponiendo que era víctima de una intriga de los envidiosos. Al día siguiente me dijo:

—Va usted á partir. Pero no para Tours, sino para París. No quiero ver para nada á Esparza. Lo del Toison se ha de arreglar entre S. M. y yo. Escribiré una carta al duque de Madrid; irá usted á París, sacará copia de ella, y en seguida se presentará en Passy y entregará el original á S. M. La copia guárdela usted para lo que otro día le diré. Ciertas cosas vale más arreglarlas directamente. Ese Esparza es un leguleyo enredador.

No opuse dificultad. El señor Boet hizo su carta y me la leyó. Es la que ya figura en los autos, y decía á S. M. que sus enemigos lo calumniaban; y que no los creyese, porque era su súbdito más fiel y devoto. Partí en seguida para Tolosa, y en la estación hallé al marqués de Alex, quien acercándoseme, me dijo:

—¿Qué líos llevan ustedes con Boet?

—Ninguno, le contesté.

—¿A dónde va Vd. ahora pues?

—A París, á ver al rey.

—¿Le ha dado á Vd. alguna carta para él, Boet?

—Sí, esta, contesté.

—¿Se puede leer?

—Me parece que no hay dificultad, repuse.

Y se la entregué. Leyóla el marqués á escape, y devolviéndomela, me dijo:

—Esta carta es muy comprometedora. Boet no debía escribir eso.

Partí para París, y al llegar fui á ver á mi amigo Joaquín Madrid, en cuya casa me hospedé. Dile á copiar la carta del general, y yo fui á descansar para presentarme al día siguiente al duque. Así lo hice; el duque se metió la carta en el bolsillo con la mayor indiferencia, y me dijo que volviera por la respuesta al día siguiente. Ne pude verle, aunque cumplí, y volví al otro día. Entonces ya hallé á Esparza, quien se me quejó de mi comportamiento.

—¿Por qué no regresó Vd. á Tours? me dijo.

—Porque el general me envió aquí, le contesté.

—Debía Vd. avisarme, repuso, en vez de dejarme allí sin noticias, y venirse aquí con recados del general.

—Es que yo tengo al general por inocente, le repliqué, y he hecho lo que me ha mandado.

—¡Por inocente! exclamó el señor Esparza. Boet es un necio y orgulloso y esto le perderá. En cuanto á su embajada, es una tontería. El duque la desprecia, y ya puede Vd. volverse á Tours, porque no le recibirá, ni le dará ninguna respuesta.

Entonces regresé á mi establecimiento, y algunos días después recibí un telegrama del señor Boet, donde me decía: «Vuelva Vd. á París, preséntese al señor, háblele directamente á él como también á la reina; recuérdeme mis modestos servicios; dígame que les doy mi palabra de honor de que todo se arreglará.» Volví, pues, á París, y fui á Passy á ver al duque. El señor Esparza me recibió, y habiendo oído mi embajada, me dijo que Boet estaba muy mal, pero que si cedía, quizá aún sería tiempo de arreglarlo. Presentóme á la reina, ésta se enteró del telegrama, y exclamó: «¡Desgraciado! Me da lástima, aun-

que sea criminal.» Yo le rogué que se compadeciera de él y le evitara una afrenta, y ella me dijo que esto dependía de Boet, porque si devolvía la alhaja, aún se le disimularía la falta.

Ofrecíme á hacer cuanto de mí dependiese para esto, y me encargó que fuera á verlo, y que le pidiese los diamantes, como preliminar de un arreglo. Prestéme á ello, con tal que se me prometiera que le perdonarian. Ofrecímelo la señora, diciéndome que el perdón dependía del mismo Boet, y volvió á instarme para que fuera á pedirle la joya. Entonces hice presente que no era rico, y que habiendo hecho el primer viaje por mi cuenta, no me sería fácil continuar. Esparza me dió 200 francos, y me encargó que si Boet me devolvía los diamantes, le telegrafiará diciéndoselo. Partí para Tolosa.

Al llegar á la Tourette encontré al señor Boet muy alegre. Enteréle de lo que pasaba, y me dijo que me habían engañado: que él era inocente; que si bien tenía los diamantes, no había robado el Toison, porque don Carlos se lo entregó en Milan. En seguida se extendió sobre el duque, diciéndome que era un canalla y un miserable, y que yo no tenía idea de su corrupcion.

—Figúrese usted, me dijo, que en Rumania quiso seducir á la mujer de un coronel llamado Petrovano, y que habiéndole éste exigido una reparacion por las armas, temerose de ser muerto ó herido, me ofreció 40.000 francos si me batía en su lugar ó le evitaba el duelo.

Después me contó otras historias de mujeres, todo encaminado á convencerme de que el señor era un perdido, capaz de todas las maldades. Refirióme que finjó el robo del Toison para pagar deudas, y que al entregarle la joya, le dijo:

—Toma, vende eso, y cóbrate los 40.000 francos que te prometí, porque si no te batiste por mí con Petrovano, al menos me libraste del desafío.

Yo le creí, porque tenía gran confianza en él.

El público prorrumpe en fuertes rumores.

Retamero. Sabiendo que yo debía telegrafiar á Esparza, me aconsejó que lo hiciera diciendo: *he hallado al amigo.* En seguida me rogó que esperara por los diamantes, pues los tenía todos empeñados, y necesitaba pedir dinero al marqués de Alex para des-

empeñarlos. A los dos días me llamó y me dijo que había desempeñado por 20.000 francos los diamantes pequeños, pero que no había podido desempeñar los grandes, porque lo estaban en 18.000 más, de los cuales sólo tenía 5.000 á su disposicion, y que si el señor le enviaba los 13.000 restantes, los sacaría en seguida y se los enviaría.

Preguntéle qué diría á los duques por su cuenta.

—Lo mismo, me contestó, pero añada usted para inspirarles más interés, que estoy enfermo de unas calenturas tifoideas.

Marchéme, telegrafíé al señor Esparza mi salida, y al llegar á París, le encontré en la estacion, donde me esperaba.

—¿Trae usted eso? me preguntó.

—Parte, contesté. Traigo los pequeños.

—¿Y los grandes? exclamó.

—Me ha dicho que los tenía empeñados.

—Malo para él, repuso, malo. Así no le tendrán compasion.

Fuimos en seguida á París donde la señora nos estaba esperando; yo le entregué el paquete, y así que vió los diamantes, exclamó con desprecio:

—Esto no vale nada. ¿Dónde están los grandes?

Yo le referí la contestacion de Boet, y ella exclamó:

—¡Nosotros dar 13.000 francos para rescatar lo nuestro! Si ese picaro no quiere devolverlos á las buenas, ya los devolverá á las malas.

Despidióme, y Esparza me encargó que no saliera de París hasta que me diesen orden, y que me dejase ver cada día. Entonces me fué enterando de todo lo que había ocurrido, y me convenció de que Boet era verdaderamente un ladrón. Entre otras cosas me enseñó una orden de Milan para prender á su esposa y suegra por cómplices del robo. Yo le supliqué que se suspendiera llevarla á cabo, y telegrafíé á Boet que todo estaba descubierto, y que era necesario humillarse y pedir perdón. Mi objeto era salvarle á toda costa. Pero como él no me secundó, se procedió al arresto de aquellas señoras. Volví entonces á negociar, y telegrafíé de nuevo á Boet, aconsejándole que mandara á su esposa y suegra que negaran, pues me proponía rogar de nuevo á los duques que se arreglara la cuestion, y si las señoras arrestadas declaraban la verdad, ya no había remedio.

Hallé á la duquesa dispuesta todavía á hacer lo posible para perdonar á Boet; pero me dijo que dependía de este mismo. El señor Esparza prometió ayudarme, bien que advirtiéndome que la base del arreglo debía ser la devolucion de los diamantes grandes. Escribí y telegrafíé repetidas veces al señor Boet en este sentido; y él me contestaba ya prestándose á todo, ya amenazando y diciendo mil despropósitos ridiculos. Con esto no se lograba nada, y cada día los duques estaban más irritados. Yo no sabía que hacerme.

En esto llegaron á París los señores Alex y Erdavide, que venian comisionados por el señor Boet para entregar los diamantes grandes. El señor Boet se había decidido á devolverlos, bien que siguiendo su sistema de tergiversaciones y euredos; al ponerlos en un paquete, había escrito al dorso una leyenda declarando que el señor se los había entregado en Milan. Había dado orden á sus comisionados de no devolverlos al duque si no con la condicion de que este leyera aquel sobrescrito y pusiera debajo su firma. No pude menos de pensar que Boet estaba loco, porque aquella condicion era inadmisibile. Pero no me sorprendió, porque durante nuestra correspondencia había recibido de él misivas no menos insensatas, que revelaban su terror y agitacion.

Alex y Erdavide debian avistarse conmigo para enterarse de la situacion. Yo les conté lo que había hecho, lo que se me había contestado y lo que se podía esperar.

—Nada lograremos por la fuerza, les dije. Es cosa de que Boet se humille, pida perdón y acepte las condiciones del señor.

—Entonces, me contestaron ellos, no sabemos cómo nos las compondremos, porque Boet nos ha ordenado categóricamente que no devolvamos los diamantes si el señor no firma el sobre y retira la denuncia contra él.

—El caso es irrealizable, dije. El señor Boet pide lo imposible, porque no sabe cómo está el asunto.

Pensamos lo que se podía hacer, y convenimos en hablar al señor Esparza, y valernos de él para obtener algun arreglo. El señor Esparza nos manifestó su conformidad, al mismo tiempo que sus pocas esperanzas por la terquedad y orgullo de Boet.

TOMO II.

—Su actitud, nos dijo, tiene irritado en extremo al duque.

Le rogamos, y empezó á trabajar con éxito. Yo, Erdavide y Alex le secundamos. Al fin se urdió un proyecto de arreglo por el cual Boet se dejaría exonerar y entregaría todos los papeles políticos á cambio de la libertad de su esposa y suegra y de la retirada de la denuncia. Además, Alex y Erdavide se comprometian á devolver los diamantes grandes, sin pedir firmas ni mostrar el sobre.

El resultado de esta negociacion lo supe en casa del señor Alex, estando presente un amigo nuestro llamado Mr. Veye. Este, que no creía aún en la culpabilidad de Boet, quedó muy sorprendido, y exclamó:

—¿Pero usted cree que el general aceptará eso?

—No, contestó Alex.

—Yo tampoco, contestó Veye, porque si lo aceptase, sería el verdadero ladrón.

—Estoy conforme, repuso el marqués de Alex. Sólo el ladrón puede pasar por tales condiciones.

En aquel momento entraron con un telégrama para el marqués.

—Supongo que es suyo, exclamó éste. Ahora sabremos lo que nos manda.

Abriólo, y al leerlo, tiró el parte con despecho.

—Lo acepta todo, exclamó. Es un pillo, es un ladrón.

Boet se vuelve hácia Retamero, lo mira fijamente, se sonríe, y le hace un signo irónico con la cabeza.

Retamero. El señor Veye y yo quedamos pasmados y consternados. La respuesta del señor Boet nos había cogido á todos de sorpresa tanto como á Alex. Este dijo:

—Lo que siento es que me ha comprometido, porque tuve la debilidad de presentarlo á toda la nobleza legitimista de Tolosa, y ahora ésta me acusará de haberles presentado á un ladrón.

—Es un gran compromiso para usted, repuso el señor Veye. Ahora no tiene usted más remedio que defenderlo á toda costa para quedar bien con aquellas familias.

—Claro está, respondió el de Alex, voy á devolver los diamantes, y en seguida partiré para Tolosa.

Sin embargo, los comisionados intentaron llevar